

bién brilla en el día». Caballo y león, tigre y escarabajo, su yo sucumbe ante un ello todopoderoso. Se dispersa en infinitos pedazos para ser otra vez el mismo, en un universo infinito, lineal, curvo, redondo, pero desconocido: «Aquí erguido estoy intentado quedarme conmigo mismo, ganarme a la partida ruidosa que se disputan los bosques de fuera, esas largas avenidas de viento que enredan las almas desordenadas bajo la luna.»

No ha querido o no ha podido establecer una distancia, un tiempo, entre él y el todo, y su poesía lo salvó de la locura de sentirse muchos, su discurso poético lo protegió de un vértigo mortal, del errar por las noches eternamente, de hundirse en el mar. «Siento el mundo rodar bajo mis pies, rodar ligero con siempre capacidad de estrella, con esa alegre generosidad del lucero que ni siquiera pide un mar en que doblarse.» Para Aleixandre el planeta tierra, el sol, son estrellas luminosas.

«Si un pensamiento central implícito existe en la obra del poeta —ha escrito él mismo—, acaso sea el de la unidad del mundo. Mundo que bajo las formas diversas con que se nos aparece a los ojos está reducido a una sustancia única que el poeta llama amor.» Vuelve a aparecer la misma idea: el amor es un intento de comunicación con lo absoluto, como la muerte es convertirse en el absoluto.

En ese absoluto no se conoce el exilio. Usemos sus mismas palabras: «... como un único ser no sé si desvalido, no sé si poderoso, pero existente y perceptible, pero cubridor de la tierra». Se siente caballo en las llanuras y bebe su viento insaciablemente. Ni la muerte la vive como un exilio. Pues la muerte, ser otro, otra cosa, otra dimensión, es el encuentro por fin con lo definitivo.

Para la Academia Sueca su obra está «enraizada en la tradición de la lírica española y en las modernas corrientes, e iluminadora de la condición del hombre en el cosmos y en la necesidad de la hora presente». Sería más preciso escribir que Aleixandre es la condición humana misma, y que el presente se confunde con el pasado y con lo porvenir. Es dialéctico, conoce las leyes del tiempo, pero su mundo incluye el tiempo mismo. Y cosmos y humanidad se le confunden. No precisa en dónde comienza cada uno. Es un hombre frente al mar y es el mar mismo. Absorto en el movimiento de las olas. Siempre otra, siempre la misma.

Aleixandre vive con la poesía una relación que le exige todas sus fuerzas. Cuando escribe *Pasión de la tierra*, dice que lo hacía «desde las entrañas, en carne viva, queriendo relacionarme con la raíz de la vida, y expresarla en forma artística para comunicarme con el resto de los hombres. Y me daba cuenta también de que el lenguaje

era difícil para el tiempo, pues la cultura había conducido, irremisible, a una lengua poco comunicable con el gran público. Y yo decía: yo, que en este libro estoy queriendo poner algo que me es común a todos los hombres, lo estoy poniendo en un lenguaje que me separa, para el que no tengo, calculaba yo, más allá de cien o ciento cincuenta lectores. Pues bien, puedo decirle que la satisfacción más grande, la más pura, sencilla y silenciosa de mi vida es que ese libro, del que efectivamente sólo se hicieron ciento cincuenta ejemplares en la primera edición, y que fue escrito con plena y dolorosa conciencia de su hermetismo, años después se venden miles de ejemplares, circula como cualquier otro libro mío».

El alma de Aleixandre, su vida, sus años. Su existencia la define como eslabones que se suceden, que no han evitado los dolores ni los peligros más irreparables. Por eso cuando se refiere a su cumpleaños escribe: «Sé que es una cifra grande y con las dos manos la toco tatuada en el pecho vivo, ¿el alma sin mancha? ¡Oh, el alma con mucha mancha, con toda su viva mancha. Resultada, dentro del pecho, puesta delante como una vida, en redondo, como el universo, el alma completa!» Aleixandre no es el poeta de la «torre de marfil». Ha sentido el hambre de poder. Hambre de locuacidad y de fuerza abofeteando esta silenciosa caída de la tarde, que opone la mejilla más pálida, como disimulando la muerte que se anuncia, como evocando un cuento para dormir. Tiene miedos, arrepentimientos, vergüenzas, pero los asume con esa ética que eligió: «Tengo hartura de sorderas y de luces, de tristes acordeones secundarios y de raptos de madera para acabar con las instituciones. Tengo miedo de quedarme con la cabeza colgando sobre el pecho como una gota y que la sequedad del cielo me decapite definitivamente. Tengo miedo de evaporarme como un colchón de nubes, como una risa lateral que desgarrar el lóbulo de la oreja. Tengo pánico a no ser, a que tú me golpees.»

Pero no le teme a la muerte. Toda su vida ha sido un minucioso ejercicio preparatorio: «Si me muero, dejadme. No me cantéis. Enterradme envuelto en la baraja que dejo, en ese bello tesoro que sabrá pulsarme como una mano imponente. Sonaré como un perfume del fondo, muy grave. Me levantaré hasta los oídos, y desde allí, hecho pura vegetación, me desmentiré a mí mismo, deshaciendo mi historia, mi trazado, hasta dar en la boca entreabierta, en el sueño que sorbe sin límites y que, como una careta de cartón, me tragará sin toserse.» Hecho pura vegetación me desmentiré a mí mismo, deshaciendo mi historia... Aleixandre cree en la muerte, pero ésta es el comienzo de una vida definitiva. En su disolución en el todo.

Para él, «después de la muerte: todo pasa. La realidad transcurre como un pájaro alegre. Me lleva entre sus alas como pluma ligera. Me arrebató a la sombra, a la luz, al divino contagio. Me hace pluma ilusoria que cuando pasa ignora el mar que al fin ha podido: esas aguas espesas que como labios negros ya borran lo distinto».

Vive en comunión cósmica, insistimos, y por ello puede ser calificado como un poeta panteísta, vitalista, profundamente generoso, y ajeno a los principios básicos de nuestra cultura judeo-cristiana. Rechaza francamente la resurrección de la carne. Para él, la carne es la materia a través de la cual se disuelve en el todo, algo así como el nirvana, anonadamiento final del individuo en la esencia divina. La carne es levadura, semilla. Rechaza las verdades de los libros «que poco a poco sube como un agua». Renuncia a ese espejo que dondequiera las montañas ofrecen... Quiere vivir y ser en la muerte «como la hierba dura, como el ciervo o la nieve, como el carbón vigilante, como el futuro de un niño que todavía no nace, como el contacto de los amantes cuando la luna los ignora».

Y cuando piensa en el momento de la muerte, en esa maravillosa transformación, exclama: «... quiero morir frente a ti, mar, frente a ti, mar vertical cuyas espumas tocan los cielos, a ti cuyos celestes peces entre nubes son como pájaros olvidados del hondo!». Invita a despojarse de todo aquello que impide esa disolución definitiva, y lo hace con dulzura: «Ah! Amigos, arrojad lejos, sin mirar, los artefactos tristes, tristes ropas, palabras, palos ciegos, metales, y desnudos de majestad y pureza frente al grito del mundo, lanzad el cuerpo al abismo de la mar, de la luz, de la dicha inviolada, mientras el universo, ascua pura y final, se consume.»

Pero también piensa en la vida, que vive apasionadamente: «No pretendas encontrar una solución. Has mantenido tanto tiempo abiertos los ojos! Conocer, penetrar, indagar: una pasión que dura lo que la vida. Porque todos ellos son uno, uno solo: él, como él es todos.»

En el poema «Absorbido», Aleixandre expresa con claridad su pensamiento:

*¿Se puede estar siempre  
respirando una rosa? Me creo  
enterrado y dichoso, con sólo ese pétalo:  
el vivir.  
Me tiento,  
te tiento,  
te estrujo, te someto,  
te revuelvo.  
Oh, vida  
sin cielo.  
Oh, vida en la bóveda,*

*oliendo,  
respirando,  
sintiendo  
el viaje lentísimo de la sangre adensada, cargada  
de ciego  
perfume, de incienso  
de amor, de pesado  
latir casi muerto...*

La obra de Vicente Aleixandre es un universo coherente, construido poema tras poema. Una obra que puede resistir el tiempo, que no está encuadrada por él. Es la visión de un hombre, la visión quizá de todos los seres humanos. Es el compromiso con la vida y la muerte, con el yo y el mundo. Por ello su obra podrá ser leída sucesivamente por las más diversas generaciones, y su contenido significará consuelo y esperanza.

*RICARDO LORENZO SANZ y HECTOR ANABITARTE RIVAS*

Orense, 26, 8.º piso  
MADRID-20